

BALADA DE INTEMPERIE

**Alberdi  
Ediciones**

## XXX PREMIO DE POESÍA: “BLAS DE OTERO”, DE MAJADAHONDA

### **Organiza:**

Ayuntamiento de Majadahonda. Madrid.

### **Alcalde de Majadahonda:**

José Luis Álvarez Ustarroz.

### **Concejal de Cultura:**

Luis Blanco Valderrama.

### **Director Técnico de Cultura:**

Olimpiades Rivera Pérez.

### **Técnico Auxiliar en Gestión Cultural:**

Esteban García Castellano.

### **Concejalía de Cultura:**

Julio Vázquez Ureña

Rosa Marian Dacosta

Ángeles Pineda Romero

Braulio José López López

Antonio Chafleur Buenante

Óscar Martínez Cuezva

Gustavo Sánchez Morales

Roberto Maderuelo Bustillo

Primera Edición Febrero de 2020

© del Texto: Ignacio Jesús Sánchez-Tembleque

© de esta Edición: Ayuntamiento de Majadahonda

Impreso en España.

Maquetación: Alberdi Ediciones

Diseño de Cubierta: Clara Grimalt

ISBN: 978-84-09-18532-0

Depósito Legal: M-5587-2020

Interior: papel reciclado Nautilus @ Classic - copy- and printingpaper de 90grs/m2

Cubierta: cartulina offset Nautilus @ Classic - copy- and printingpaperde 300grs/m2





**Ayuntamiento  
de Majadahonda**

“En Majadahonda, a 25 de junio de 2019, un jurado formado por Dña. Sabina de la Cruz García, D. Mario Hernández Sánchez, D. Juan Van Halen Acedo, D. José Luis Morales Robledo y D. Enrique Gracia Trinidad, quienes actúan como vocales; D. Luis Blanco Valderrama, Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Majadahonda, quien actúa como presidente, y D. Olimpiades Rivera Pérez, en su calidad de secretario, decidió otorgar el XXX PREMIO DE POESÍA “BLAS DE OTERO”, convocado y organizado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Majadahonda, al libro “BALADA DE INTEMPERIE”, del escritor D. IGNACIO JESÚS SÁNCHEZ-TEMBLEQUE GONZÁLEZ”

Querido lector:

Hace ya 30 años comenzó una ilusionante convocatoria con vocación de apoyo a la creación poética de autores de habla hispana de todo el mundo.

Una convocatoria que nació como un merecido reconocimiento a Blas de Otero, ilustre vecino que vivió y murió en Majadahonda y que es considerado como uno de los más grandes poetas españoles del siglo XX.

La obra “Balada de intemperie” de Ignacio Sánchez, que ahora tienes en tus manos, ha sido la premiada este año en este ya tradicional certamen impulsado por el Ayuntamiento de Majadahonda a través de su Concejalía de Cultura.

Gracias, Ignacio, por acercarnos con este poemario, la envidiable facultad que tenéis, sólo los poetas, de expresar los sentimientos, la contemplación del mundo o de la realidad: el amor, la pena, la soledad, el miedo, el fracaso, la alegría, el desamparo, la nostalgia... a través de la palabra.

Estoy seguro de que este galardón, que no es el primero, es especial para el autor que, además, es vecino y majariego. Para nosotros es un orgullo y una suerte porque de alguna manera el premio se queda en casa. Gracias por hacerlo posible.

José Luis Álvarez Ustarroz  
ALCALDE DE MAJADAHONDA

Decía José Agustín Goytisolo que el oficio del poeta consiste en

*Contemplar las palabras  
sobre el papel escritas,  
medirlas, sopesar  
su cuerpo en el conjunto  
del poema, y después,  
igual que un artesano,  
separarse a mirar  
cómo la luz emerge  
de la sutil textura.*

Y es precisamente ese viejo oficio del poeta el que ha trasladado Ignacio Sánchez a su poemario “Balada de intemperie”, con el que se ha alzado con el Premio de Poesía Blas de Otero 2019, concedido por el Ayuntamiento de Majadahonda.

Ignacio ha contemplado las palabras, las ha medido y, cual artesano, ha conseguido iluminarlas en una obra plena de sentimiento y con la fuerza que desprende su perfecto dominio de los tiempos.

Profesor del majariego instituto de enseñanza secundaria Leonardo Da Vinci, el autor, ya distinguido con otros galardones literarios, alcanza en esta “Balada de intemperie” su plenitud poética, convirtiéndose en avezado espectador de los sutiles recuerdos de lluvias, luces, amaneceres y realidades que, trasladadas a su pluma, devienen en sueños que viajan de la primavera al invierno y de su poesía a nuestras emociones.

Luis Blanco Valderrama  
CONCEJAL DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE MAJADAHONDA

BALADA DE INTEMPERIE  
IGNACIO SÁNCHEZ

“Obra ganadora del XXX Premio de Poesía “Blas de Otero” de Majadahonda convocado por la Concejalía de Cultura del ayuntamiento de Majadahonda”

*Miserable el momento si no es canto.*

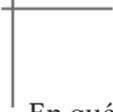
*Claudio Rodríguez*



Hoy me he quedado solo en este rostro.  
He mirado y estábamos  
todos juntos, inmóviles,  
atentos a una cámara, a la luz  
de un flash violento y súbito.  
Y me he quedado solo de repente,  
en medio de este día,  
en medio de esta plaza también sola,  
en un instante apenas,  
y no sé cuándo, dónde, cómo ha sido.  
Solo he visto el silencio  
caer hasta cubrir su propio nombre  
haciéndose más hondo cada vez.

Hoy me he quedado solo en este rostro,  
en esta simple foto de familia.

Con el añil temprano,  
todavía indeciso,  
regresa el hondo aliento de la luz,  
nos alza en la verdad  
tan alta de los álamos, nos puebla  
con limpia y tierna llama.  
Y está vibrando ahora entre la fronda,  
está sonando y vuelven  
también las lentas nubes hasta el día.  
Míralas agrupándose a lo lejos,  
míralas consumiéndose  
arrugadas, deshechas  
como un papel que arde.  
Y esta ciega semilla del recuerdo,  
el vuelo caedizo  
de las primeras hojas de septiembre  
y tanta sombra última  
con qué rumor de amanecida humean,  
con qué cercana lumbre.  
Pues todo está quemándose en el claro  
instante y es ahora  
la vasta soledad de la mañana.



*A mi madre*

En qué lugar sin dónde estáis aún  
si os oigo todavía,  
si estoy oyendo ahora vuestras voces  
poblando los portales de la infancia,  
sonando con la misma mansedumbre  
con que suena la música  
vacía de la lluvia en la memoria.  
En qué lugar aún,  
en qué estación sin cuándo sigo viendo  
ahora vuestros rostros,  
nombrándoos mientras sigue deshojándose  
la fronda recordada y maternal  
de todos vuestros nombres.  
Y es un momento aún  
en esta voz callada, en estos ojos  
que no saben miraros.  
Y es un instante apenas, solamente  
un simple parpadeo  
que duele, aunque también  
está alumbrándome en su hondura, está  
salvándonos ahora en esta lágrima  
que todavía es nuestra.

Hay recuerdos que nunca  
llegamos a habitar porque, al mirarlos,  
solemos verlos desde fuera y son  
como nieve que acaba deshaciéndose  
sin que nadie la pise.  
Hay otros, sin embargo,  
que siempre nos cobijan. Basta un leve  
temblor en la mirada,  
nada más que un instante para vernos  
aún bajo su amparo. Ya es de noche,  
hemos salido al frío de diciembre  
y buscamos un poco  
de musgo en los desmontes y en las cercas.  
Detrás de nuestros pasos,  
que deshace la sombra,  
aúlla la ventisca en los caminos  
vacíos del invierno y, entre todos,  
recogemos la piel amable y húmeda  
del belén, repasamos  
su magia con los dedos, no podemos  
dejar de acariciarla como si  
así fuera a ser nuestra para siempre.  
Y no, no os acordáis, pero al volver  
nadie responde a nuestro timbre, nadie  
nos oye mientras cae  
la nieve hasta cubrirnos con su ciega  
blancura y nadie abre  
la puerta mientras sigue  
cayendo unánime y final la nieve,  
cubriéndonos de años y seguimos,  
seguimos en qué noche golpeando  
el sordo y frío muro de la infancia.

Suena el viento en la herida  
en sombra de esta calle y vuelve marzo  
con su distancia en flor, la claridad  
crecida de sus horas y sus brotes  
tempranos, entreabiertos.  
Y en esta plaza donde desemboca  
traspasado de tarde,  
donde el aire ya tiene  
esa cercana densidad de lumbre,  
está reuniéndose de golpe todo,  
está todo diciéndose  
con esa misma melodía,  
con ese mismo ruido  
con que se quiebra el nombre  
de lo que no ha llegado a nacer nunca.  
Y no queremos verlo, pero tiembla,  
esto a lo que llamamos siempre o nuestro,  
esto que nos sostiene y es tan frágil  
no deja de temblar,  
está temblando y canta  
con la belleza amenazada y honda  
de estas ramas de marzo  
bajo el viento.

De pronto, entre dos pasos, sin saber  
por qué, me he detenido,  
me he quedado mirando  
la lluvia en los alcorques, donde ahora  
se encienden los recuerdos como trémulas  
y extrañas flores de neón. Subimos  
de nuevo a aquellas ramas,  
a aquel olor tan súbito  
a higuera y tierra húmeda,  
a aquella lejanía que veíamos  
desde la altura azul  
de nuestros pocos años.  
No recuerdo qué hacíamos allí  
ni a qué jugábamos entonces, pero  
aquel aroma fiel siempre regresa,  
aquel olor que nunca olemos siempre  
acaba regresando  
y nos duele y nos canta.

¿Está donde no estamos lo más vivo  
de nosotros, aquello que es más nuestro?

Regresa el limpio abrazo  
del aire y, con el alba,  
se enciende en nuestro rostro nuevamente  
su pulsación serena,  
la lumbre mansa y honda  
de su respiración.  
Y qué dormida transparencia late  
más allá de los campos,  
qué instante este que orea nuestros ojos  
y es ya iluminación y nos traspasa.  
Porque este claro aliento  
del día en la roqueda  
alumbra su sentido y a la vez  
está escamoteándolo.  
Y es ciega plenitud, esquiva llama,  
latido ajeno y solo que nos nombra  
y, sin embargo, suena  
igual que sonará  
cuando ya no seamos.  
Escucha:  
está arrastrando todo  
detrás del velo ardido de los días.

*A mi padre*

Incluso en la certeza  
del polvo aún se ve  
el limpio anhelo de tu oficio. Estás  
aún en estos planos,  
en estos viejos planos  
que ahora desenrollo. Puedo verte  
calculando estructuras,  
estudiando las cargas y las vigas  
con esa misma entrega con que alzaste  
también esto que somos,  
con esa voluntad de quien construye  
su vida y su memoria.  
Escucha: está sonando  
el viento en las ventanas.  
Desde aquí puede oírse  
el bronco cabeceo de los árboles  
golpeando los muros.  
Y ahora, ahora entiendo  
tu claro afán de orden,  
la íntima firmeza  
de aquello que en nosotros sigue intacto.  
Pues esta noche sola,  
mientras el viento insiste,  
busco, mido, sopeso las palabras,  
procuro sostener  
con ellas tu recuerdo.

De nuevo este rumor  
crecido de la lluvia,  
la tarde que se puebla  
de luz huida y viento,  
y golpea los toldos y el cristal  
dormido de la infancia.  
Aún, en aquel cuarto,  
mientras fuera la lluvia  
no deja de caer  
y la noche se adensa poco a poco,  
está sonando una canción, se yergue  
como una hoguera fiel que nos reúne  
en una sola y clara cercanía,  
en una luz unánime  
que sigue llameando en nuestros ojos  
con el calor de un sueño,  
y aún sigue sonando  
y no termina nunca de apagarse.  
Tan solo se ve ahora  
la urdimbre de la lluvia en las ventanas  
haciéndose a la vez que deshaciéndose,  
y en la noche sin nadie  
me alejo paso a paso. Ya es el tiempo  
esta ropa empapada y fría.



Siempre crece el destello  
de las ramas más altas,  
su anhelo altivo y verde frente al aire  
que suena sin sosiego entre sus hojas.  
Es suya tanta luz que las sostiene  
más allá de sí mismas,  
mendigas de lo claro en la mañana,  
es suya tanta altura  
que aún no han alcanzado.  
Y tarde vemos su esplendor ahora,  
su savia tan feraz subiendo hasta alumbrarse  
por encima de aleros y mansardas.  
No importa que su brillo sea otro,  
que aún pese en sus hojas  
caídas la memoria de la luz.  
Ni tampoco que sean  
distintos los vencejos que proclaman  
sin tregua su verdor desde lo alto.  
Pues nunca son recuerdo, sino el vivo  
fulgor de cada instante.

Enciéndete en tus ojos al mirarlas.  
Escucha el grito añil del día. Y sigue.

Ajena la ciudad  
y frío ya el abrazo del recuerdo,  
todavía regresan  
las horas encendidas  
de amistad y de alcohol  
que entonces acababan,  
igual que un espejismo,  
ardiendo en la primera luz del día.  
Y además del fulgor  
en la mañana densa  
de sueño y de deseo,  
recuerdo la inquietud que alguna vez  
sentía al despedirme,  
aquella certidumbre  
de haber estado cerca  
y al mismo tiempo lejos de mí mismo.  
Observa el cielo ahora, cómo abre  
y en este instante, haciéndose,  
tiembla pleno de alba  
con viento que ya es júbilo en la herida  
abierta y limpia de la luz. ¿Regresa  
también hasta nosotros su latido,  
su oleaje tan cierto, su crecida?  
¿O todo es siempre víspera de nada?  
Huida juventud, besar  
tu ganancia también  
fue comprender tu pérdida.

Está sonando, vibra la madera,  
casi podemos escuchar ahora  
sus nudos y sus brotes,  
su poda, su recuerdo;  
y es una humilde melodía el aire  
y es un temblor de nube que se quiebra  
abriéndose de pronto en esta plaza,  
en esta dura luz de color último  
con un fulgor de lluvia.  
Porque enseguida todo está quedándose  
desnudo en una sola  
y ajena transparencia, despojado  
incluso de sí mismo,  
y vuelve el verde júbilo  
que trae abril y abril se lleva, vuelve  
todo aquello que nunca ha de volver.  
Pues todo es ciega muda y se transforma,  
y son un mismo instante deslumbrado  
la hora que nos hace  
y la hora que acaba deshaciéndonos.

También el alba ahora  
se ofrece en este cielo calmo y hondo,  
también nos trae la luz  
desnuda en su corteza y el destello  
de un sueño entre su savia.  
Y qué rumor de pasos  
que nunca fueron nuestros puede oírse,  
qué íntimo camino  
aún sigue encendiéndose.  
Escucha, sin embargo, nuestros nombres,  
están sonando ya  
con ese ruido último  
del viento que anochece mientras vuelven  
a desandarnos todas las preguntas.  
En la distancia sola del espejo,  
en su fulgor amable,  
jugábamos a ser lo que no fuimos.  
¿Y nunca fue tan nuestra  
la vida como entonces, cuando estaba  
en otra parte siempre?

Vuelve a temblar el día en el latido  
temprano de la nube, vuelve el viento  
y entre las ramas frías, golpeadas,  
asoma el sol rasgado de diciembre,  
llamea aún  
sobre los troncos húmedos.  
Ya crece la mañana  
y estoy oyendo arder la nervadura  
reseca de las hojas que ya son  
este humo invernizo,  
esta hoguera que ahora  
apenas nos calienta. Y, sin embargo,  
con qué definitiva transparencia  
ya suena tanta savia plena y última,  
con qué secreta voz.  
Porque el fuego redime cuanto abraza  
y pulsa en lo que quema  
su canto verdadero, estremecido.

A través de la noche,  
a través de los años ya sin nadie,  
todavía estoy viéndote desnuda  
e inmediata en la insomne  
claridad de aquel cuarto.  
Allí, en aquella casa, en el cobijo  
tan frágil de sus horas,  
ardieron nuestros nombres confundiéndose  
en una sola dicha  
de sudor y de luz.  
Tanto tiempo después,  
aún duele el fulgor  
lejano de tu cuerpo y, sin embargo,  
de aquello queda solo  
su única certeza: su vacío.  
Con los años, vivir  
es también habitar  
nuestra propia intemperie.

Oigo de pronto aquella  
canción, sigue sonando  
febril, honda de tiempo, detenida  
aún en una tarde ya olvidada.  
En el cobijo cierto de su luz,  
en su memoria clara, sigo siendo  
todavía este fuimos,  
las bocas que se buscan, la plegaria  
de la piel encendida,  
el humo que se adensa en nuestros ojos.  
Y la respiración de la madera  
con sus vetas de nube, los latidos  
de poniente en la cal de aquella casa,  
y el júbilo desnudo  
y el sudor.  
Todo sigue en su música  
más allá de sí mismo,  
a salvo ya en su propia levedad,  
sostenido en su voz y en sus acordes.  
Si escucho su belleza,  
si puedo oírla y duele, es porque huye,  
porque su claridad fue la de un día  
de paso entre los días.

Es largo ya el camino  
bajo esta claridad ebria de agosto  
mientras sigue sonando,  
con qué música sola,  
el aire en los carrizos;  
y el mar, aún lejano, es un cristal  
ardido y ya deshecho.  
Y qué quietud exhala  
el campo en esta hora  
febril del mediodía, cuando hiere  
la luz y puede oírse  
un hervor de cigarras  
ensimismado y hondo.  
Con el andar vencido  
por un calor inmóvil, casi sólido,  
he visto, sin embargo, al detenerme,  
en mi sombra la sombra  
fugaz del día,  
en un instante el peso  
tan leve de su paso.

—  
|  
Detrás de la ventana,  
todavía  
está la luz reuniéndose en nosotros  
temprana y expectante,  
aún está arropándonos  
prendiéndose  
en todas las miradas,  
sonando aún en todas nuestras voces.  
Y extendiendo todavía  
mis manos, casi puedo  
tocaros, pero estoy  
solamente palpando la extrañeza  
que habita ya en mi rostro  
como el frío  
acaba siendo parte del espejo.

La luz de la memoria se sostiene  
en su propio vacío y otra tarde  
llamea en las cortinas  
atónitas de sol mientras regresas  
desnuda a la penumbra  
de la cama. En mis ojos  
te tumbas y te enciendes,  
poco a poco te abres  
y es una herida  
de claridad tu piel,  
es una sola  
respiración el cuarto  
en el aire de junio.  
Hasta allí me llevó tu cuerpo, allí  
me dejó entre las manos  
para siempre la lumbre  
huida de su instante.

También despierta este color cansado  
de otoño ya tardío y, con el alba,  
pesadas de relente aún las horas,  
hay una humilde claridad abriéndose  
más allá de las calles.

Es el momento en que la luz, temprana  
y todavía tímida,

está sonando a soledad y frío,  
a sorda transparencia y, sin embargo,  
también está diciéndose en nosotros  
como un deslumbramiento.

Y crece la mañana al encenderse  
el aire traspasado  
de limpia intimidad y es una sola  
respiración el día.

Y crece, está creciendo este camino,  
haciéndose sin pausa y deshaciéndose  
en todos nuestros pasos.

¿Y oímos su promesa, su fe limpia,  
su tarea diaria, irrepetible?,

¿oímos su memoria?

Sin posarse en nosotros,  
sin rozarnos siquiera,  
con una extraña levedad de cielo  
reflejado en el agua,  
acaban siendo nuestros nuestros días.

Y mira cómo pasan hacia cuándo.



Vuelve a sonar la voz  
crecida del arroyo, vuelvo a oír,  
con el deshielo súbito de marzo,  
la urgente letanía de su instante,  
de nuevo el claro estrépito  
de su palabra ávida.  
Porque no cesa su rumor primero,  
no deja de nacer  
su certidumbre esquiva  
y está surgiendo siempre y siempre huye.  
Escucha, están llegando  
desde el valle  
lejanas y apagadas nuestras voces,  
está sonando todo  
mientras todo enmudece  
en el fragor sereno de las aguas,  
en su bullicio limpio.

En su algazara honda,  
en su clamor sin tregua, todo  
apenas es silencio.

—  
¿Y qué clara ganancia nos sorprende  
después del apagón, en mitad de la noche,  
y baja a nuestros ojos deslumbrándonos?

¿Qué monedas son estas que destellan  
clavadas en su brillo como esquirlas  
de luz hiriente y ávida?

Y vamos a su arrimo, al vivo asombro  
de mirarlas, de ver su parpadeo,  
su altura luminosa.

¿Y solo somos estos que vacilan  
y palpan y tropiezan sin saber  
adónde van a tientas por su casa?

Está brillante de niñez la herida  
trémula de la lluvia,  
está entreabriéndose el recuerdo, y duele,  
destella lo perdido en cada gota.  
Y tiembla leve en nuestros ojos, mira  
su plata tan fugaz  
cruzar la sed del aire, está diciéndose  
con un dolor que es extrañeza y es  
la clara nervadura  
de todo lo que somos,  
con un dolor que nos sostiene y canta.  
Escucha, escucha ahora  
con qué aleteo íntimo  
nos traspasa su lumbre hasta dejarnos  
en qué intemperie nuestra, en qué silencio,  
en qué verdad sin nombre.  
Y crece aún la lluvia,  
está creciendo rota mientras cae  
sobre la tierra ciega, removida,  
abierta de avidéz en nuestras huellas.  
Mira ya tanta luz  
huida, resbalada entre los dedos.

Ahora que noviembre ya se acerca  
y, al fin, está madura  
la herida añil del aire,  
y vuelve su cobijo, aunque también  
el frío del recuerdo,  
están sonando íntimos los días,  
las horas, los minutos.  
Escúchalos pasar, escucha cómo  
ya suturan el sol en cada nube,  
el vuelo en cada rama,  
la savia en cada nudo de la leña.  
Escucha la canción  
ardida de sus llamas, la ceniza  
de esta poda que somos.  
Y ven, acércate.  
Mira los rostros que dibuja el humo,  
son del color de tantos días idos,  
mira su blanca floración. Escucha.  
Apenas duele el tiempo ya pues todo,  
también nuestra memoria,  
está empezando siempre.

Tan súbito en la calma  
de la primera luz,  
rueda un fragor de escombros calle abajo,  
un ruido que ya es eco  
y cae en la creciente claridad  
poblada de sí misma.  
Aún vemos el polvo  
alzándose en el alba como un rezo  
febril, iluminado,  
y oímos todavía  
su acorde, que resuena  
haciendo más profunda la mañana.  
Es el mismo sonido que construye  
los muros uno a uno,  
es el mismo compás que los sostiene.  
¿Y qué techumbre es esta de los días  
que no nos da cobijo y está ardiendo  
con ciega y sorda llama?

Miro caer las hojas,  
su extraña sembradura, que dispersa  
de nuevo el aleteo  
del frío en la mañana.  
Sin rumbo y a merced  
del viento, se sostienen en la luz  
y, al caer y alejarse  
incluso de sí mismas,  
con qué serena levedad se entregan,  
con qué paciente vuelo.  
Ya hay otro mediodía  
alzado en el añil,  
el sol es ya viveza y las traspasa  
con un fulgor cobrizo.  
Y ya no son del árbol,  
pero tampoco son aún del suelo,  
y en su planeo ciego nos reflejan,  
en su destello solo.

Al borde del camino,  
aquella tarde vi  
una vieja señal  
de tráfico caída, maltratada  
por el barro y el óxido,  
vencida en la maleza.  
Aún no sé por qué  
me detuve a mirarla  
ni sé por qué leí  
sus letras para nadie,  
sus palabras ya inútiles.  
Pero aún sigo viéndola  
tenaz entre los días,  
extraña y elocuente en su abandono.  
Acaso está avisándonos  
también desde el silencio.

En la tarde apagada  
se ha encendido la súbita  
melodía de un mirlo.

Desde la fronda ciega, oscurecida,  
qué alta claridad nos trae su canto,  
qué anhelo de qué lumbre  
cuando la luz acaba de caer  
ensimismada y última,  
y apenas vemos su recuerdo frío  
y solo donde mueren  
las calles sucedidas.

Ya sopla el hondo viento de la noche,  
ya todo es esta sombra  
y, sin embargo, suena  
todavía  
el trino en el cristal  
tan trémulo del eco.

En un instante ha sostenido aún,  
cuando ya no alumbraban,  
todo el fulgor del día,  
todo el añil del cielo.

Llega aterida y, sin embargo, es  
también serenidad esta mañana,  
y vibra su promesa en el ramaje  
desnudo de los álamos con sol  
recién lavado y trémulo  
de lluvia todavía. Y va poblando  
la tersa luz del aire en una sola  
y densa claridad, como la nieve  
caída se reúne  
en una única blancura. Mira,  
después de tanta rota floración,  
también está quemándose en nosotros  
esta tranquila lumbre de diciembre,  
también es nuestra ahora  
su fría llamarada  
que muere al levantarse. ¿Y ves ahí  
las gotas deslumbradas que al caer  
de las ramas nos muestran  
ese raro destello de haber sido?

Aferrado a un talud  
y a la verdad primera de su lumbre,  
en medio del invierno ya se ve  
un almendro encendido.  
Entre la piel nudosa  
y sucia de una nube y la hondonada  
final de una escombrera,  
es un instante trémulo  
su floración temprana sobre el día,  
su fulgor para nadie,  
su belleza asomada a su vacío.  
Y escucho las crecidas  
del viento entre sus ramas, se ha apagado  
de pronto el fiel rumor  
del mundo y, sin embargo,  
está entero mostrándose  
en esta terca luz sobre la nada.

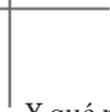
Más allá del rumor  
cansado de las calles, sigo viéndote  
tumbada en aquel cuarto,  
abierta en lo más hondo de tu luz  
como la tarde tras la lluvia. Vuelve  
de nuevo aquel temblor  
urgente de tu cuerpo entre mis manos,  
aquel instante húmedo  
invadiéndolo todo.  
Y, sin embargo, sé  
que el deseo no puede recordarse  
y apenas es posible  
nombrarlo a la intemperie de sí mismo,  
allí donde a menudo  
nos ata su nostalgia.  
Regresa, vuelve ahora  
igual que entonces, vuelve  
hasta que las palabras suenen ya  
con ese mismo ruido  
apagado y ajeno con que suena  
la ropa al desnudarnos.

---

Tan solo por el súbito  
rumor de su aleteo y por sus sombras  
veloces en la acera,  
he podido seguir  
en un instante el rumbo  
de su vuelo.

Han pasado y no han visto  
dibujarse y perderse  
al mismo tiempo el rastro de sus alas,  
su huella leve y sola  
sobre la solidez  
indiferente y ciega de las calles.

Después, al recordarlas,  
me han mostrado  
su densidad de símbolo.  
Está todo escribiéndose,  
también estas palabras,  
con su trazo de sombra  
sobre el día.



*(Cerro del Aire)*

Y qué mañana nos sorprende ahora  
tan honda de llanura cuando llega  
helado en el azul el sol de marzo,  
qué nueva claridad  
se enciende en este cerro  
lejano de la infancia y lo redime  
desde su lumbre plena,  
y alienta en el anhelo de las horas,  
en la luz inverniza  
que empieza poco a poco a madurar  
su tibieza y su peso.  
¿Está de nuevo ahora inaugurándonos  
en esta soledad  
del aire entre retamas casi yertas,  
está otra vez abriéndose  
el tiempo en este día si aquí es  
apenas su memoria y solo vuelve  
con pasos que se alejan  
por un camino ya sin nadie?



*A mi hija.*  
*May your song always be sung.*  
BOB DYLAN

Escucha la canción que hay en la nieve,  
escúchala gestándose,  
templándose en la luz y en el anhelo,  
madura ya de sol.  
Escucha cómo suena,  
cómo ya está sonando,  
cómo ya está en ti misma incluso antes  
de empezar a sonar.  
Toca el claro misterio de sus aguas,  
su cuerpo siempre haciéndose, la piel  
esquiva de su música  
a cada instante repetida y nueva.  
Y, al fin, cuando también  
se seque entre tus manos,  
escúchala, no dejes  
de escucharla, que aún continuará  
sonando todavía.

Bajo una luz lejana  
y sucia de tormenta,  
está asomando todo en este yermo  
ajeno de extrarradio,  
está todo mostrándose  
en su extensión poblada  
de lodo y herbazales,  
de cardos y desechos,  
de aquello que ya es  
dominio de la nada  
y duerme en las afueras de sí mismo.  
Somieres con herrumbre,  
neumáticos, cascotes, vidrios, prendas  
raídas, latas, bolsas.  
Ya todo confundido  
en un desorden propio que acumula  
semanas, meses, años.  
De pronto, entre dos nubes, tras la lluvia  
vivaz del aguacero, se ha encendido  
el paso de la tarde en el azogue  
turbio y solo de un charco,  
en un instante el leve  
fulgor de su hermosura.

Está otra vez poblándonos  
el día al vaciarse  
de calles y de horas,  
está otra vez abriéndose  
abril con la serena  
granazón del recuerdo,  
y crece en clara hondura  
y limpia intimidad de nuevo el aire.  
Porque vuelve a encenderse  
el tiempo y, en su luz,  
vuelvo a esta vieja foto de la infancia:  
nos miran desde dónde nuestros ojos  
con su fulgor primero  
y, a nuestra espalda, el sol  
comienza a declinar.  
En un momento apenas, sin embargo,  
al mirarla al trasluz,  
he visto cómo  
el sol la atravesaba hasta dejarnos  
ausentes, confundidos con la tarde.

Destella en un cristal  
tirado en la escombrera el alto añil  
del día y estoy viendo todo ahora  
al fin reunido y claro en este resto  
ajeno y ya inservible.  
Abandonado, sucio,  
mordido por la lluvia, aún retiene  
el limpio sol de la mañana, el trémulo  
verdor de la arboleda  
o la belleza huida de la tarde.  
Y al fin lo he visto, al fin  
comprendo que su ruina es su fulgor  
y su olvido su lumbre aun más cierta.  
Y en su reflejo humilde puedo vernos,  
en este torpe brillo que también  
somos siempre nosotros.  
Porque dice la luz y en la luz canta,  
pero nunca es la luz.

Tras el canchal más alto,  
todavía  
asciende la mañana hasta llegar  
a su más clara lumbre en la extensión  
desierta de la altura.  
Velado en el azul, el propio azul  
invade todo y es  
azul el llano, azul  
el humo leve y yerto  
de sus límites.  
Allí, en la cumbre sola,  
unánime de sol y mediodía,  
miré las horas ebrias de fulgor.  
Miré la luz y vi  
arder la nada.

Detrás de la estación,  
en la mañana abierta asoma el brillo  
de una vía olvidada.

Tan solo ya es visible en este tramo  
desnudo. Más allá,  
invadida de tiempo y de maleza,  
ahogada en el verdor,  
se pierde en el trazado  
de su propio abandono.  
No pesan ya las vidas  
que alguna vez sostuvo,  
no pesan ya los años  
y ahora se confunden  
en esta misma levedad del día  
hondo de primavera,  
en este olvido fértil, incesante:  
hierbas, cardos, retamas y, a lo lejos,  
piornos encendidos  
con la apretada lumbre de su flor.  
De nada sirven sus raíles ya,  
de nada sus traviesas  
y, sin embargo, ahora  
está mostrando todo su sentido:  
resplandece un momento  
para adentrarse al fin en la espesura  
camino de su nada.

## GANADORES DEL PREMIO DE POESÍA BLAS DE OTERO DE MAJADAHONDA

- I Joaquín Márquez, 1989. *Plantaciones de Lúpulo*
- II José Luis Morales Robledo, 1990.  
*Por las deshabitadas arboledas*
- III Valentín Arteaga, 1991. *Manual de ceremonias*
- IV Teresa Núñez González, 1992. *Noviembre*
- V Enrique Gracia Trinidad, 1993. *Restos de almanaque*
- VI José Antonio Ramírez Lozano, 1994. *Azogue impuro*
- VII María Sanz, 1995. *Tanto vales*
- VIII Ramón García Mateos, 1996.  
*Triste es el territorio de la ausencia*
- IX José Luis Gómez Torre, 1997. *Contra los espejos*
- X Francisco Domene, 1998. *Falso testimonio*
- XI Ángela Reyes Jiménez, 1999. *Carméndula*
- XII Pedro Anreu López, 2000. *Partida entre canallas*
- XIII D E S I E R T O, 2001. -----
- XIV Rafael Courtoisie, 2002. *Casa de cosas*
- XV Francisco García Marquina, 2003.  
*El equipaje del Naufrago*
- XVI José Luis García Herrera, 2004. *Mar de Praga*
- XVII Juan Ramón Barat Dolz, 2005. *Malas Compañías*
- XXVIII Manuel Jurado López, 2006. *La esfera de plata*
- XIX Alejandro Céspedes Díaz-Gutiérrez, 2007. *Aurelia*
- XX Francisco Javier Vázquez Losada, 2008. *La vida en un día*
- XXI Emilio Porta (Emilio González González.), 2009. *Corales*
- XXII Ana María Montojo Micó, 2010. *La niebla del tiempo*
- XXIII Ángel González Quesada, 2011. *Papeles del Cautivo*
- XXIV Miguel Sánchez Robles, 2012. *Materia predilecta*
- XXV Luis Miguel Rodrigo González, 2013. *Mala letra*
- XXVI Darío Frías Paredes, 2016. *Apuntes de invierno*
- XXVII M<sup>a</sup> Antonia Velasco Bernal, 2016. *La cabeza y un zapato*
- XXVIII Javier Bozalongo Antoñanzas, 2017.  
*Todas las lluvias son la misma tormenta*
- XXIX Sergio García Zamora, 2018. *La canción del crucificado*
- XXX Ignacio Sánchez, 2019. *Balada de intemperie*